

Cuando se produjo el primer estruendo, nadie en la oficina de visados, en el sótano del consulado de la India, le prestó atención alguna. Inmersos en el pesar, la esperanza o la inquietud (como es normal en personas que planean un viaje de importancia), lo tomaron por un tranvía que pasaba. O quizá el equipo de reparaciones que había cubierto la acera con una red naranja brillante —convirtiendo la entrada al edificio en una hazaña que requería una significativa destreza gimnástica— había reanudado las perforaciones. Uma Sinha miró una escama de yeso que caía del cielo raso en una perezosa danza hasta desaparecer en el follaje de un verde poco convincente de la planta que se erguía en un rincón. Miró, pero realmente no la vio porque estaba reflexionando sobre una cuestión que le venía

preocupando desde hacía varias semanas: su novio, Ramón (que ignoraba dónde estaba ella en ese momento), ¿la amaba más de lo que ella lo amaba a él? Y, en caso de que su sospecha resultara ser correcta, ¿era eso algo bueno?

Uma cerró de golpe el ejemplar de Chaucer que había llevado consigo para compensar la clase de literatura medieval a la que no había asistido en la universidad. En las últimas horas solo había logrado avanzar una página y media de «El cuento de la comadre de Bath», a pesar del hecho de que la descarada y alegre comadre era uno de sus personajes favoritos. No tenía más remedio que rendirse ante la realidad: el vestíbulo de la oficina de visados, con toda esa actividad de gente que va y viene, más las llamadas en voz alta de los nombres de personas más afortunadas que ella, no era el lugar más indicado para tareas eruditas. Se rindió de mala gana —era una convencida de que la gente debía superar los desafíos de las circunstancias— y miró furiosa a la mujer situada detrás del cristal de la ventanilla de atención al público. La mujer estaba vestida con un sari azul de un tono eléctrico, llevaba el pelo recogido en un rodete apretado en la nuca y tenía marcado un intimidante punto rojo en el centro de la frente. Ignoraba olímpicamente a Uma, como hacen las personas cuando tienen ante sí a aquellos cuyos abyectos destinos controlan.

Uma no se fiaba de aquella mujer. Cuando llegó esa mañana con la seguridad de una cita a las nueve, se encontró con varias personas que daban vueltas por el vestíbulo y otras cuantas apiñadas atrás a las que habían dado la mis-

ma seguridad. Cuando le preguntó sobre ello, la mujer se encogió de hombros y señaló la pila de papeles donde Uma debía dejar sus formularios. Le dijo a Uma que las personas citadas para el trámite iban a ser llamadas según el orden de llegada para ser entrevistadas por el funcionario encargado de los visados. Acompañó sus palabras con un gesto reverente de la cabeza en dirección a la oficina en un lateral del vestíbulo. En esa puerta cerrada podía leerse un nombre: *Señor V. K. S. Mangalam*, escrito con floridas letras en estarcido sobre el áspero vidrio opaco. Estiró el cuello y vio que había una segunda puerta para esa oficina, una placa de madera sin inscripciones que daba al área de empleados, separada del resto: la ventanilla de atención al público y, detrás de ella, escritorios en los que dos mujeres ordenaban pilas de documentos de aspecto oficial en otras pilas y cada tanto les ponían sellos. La mujer del mostrador frunció los labios ante la curiosidad de Uma y, fríamente, le aconsejó que tomara asiento mientras todavía quedara alguno disponible.

Uma se sentó. ¿Qué otra cosa podía hacer? Pero decidió vigilar a la mujer, que parecía completamente capaz de mover las solicitudes de visados de un lado a otro solo por puro capricho y aburrimiento cuando nadie la miraba.

Y a eran las tres. Unos minutos antes, las mujeres de los escritorios habían salido a su descanso de media tarde. Le habían preguntado a la mujer del sari azul si quería acompañarlas y, como no aceptó la invitación diciendo que se tomaría el descanso después, las mujeres se retiraron entre risitas mal contenidas y susurros que ella decidió desdeñar. Quedaron cuatro grupos de personas en la sala, aparte de Uma. En un rincón alejado había una mujer china, anciana, vestida con una túnica tradicional, acompañada por una chica inquieta y hosca de trece o catorce años que, sin duda, tendría que haber estado en el colegio. La adolescente llevaba el pelo peinado en puntas afiladas y lucía una argolla en la ceja. Tenía los labios pintados de negro y negra era también la ropa que vestía. «¿Permitirían

en estos tiempos que los estudiantes fueran a la escuela vestidos de ese modo?»», se preguntó Uma. Entonces se sintió anticuada. De vez en cuando, abuela y nieta peleaban en susurros exaltados, con palabras que a Uma le habría encantado descifrar. Ella siempre había sido así: se interesaba —de manera totalmente innecesaria, dirían algunos— por los secretos de personas desconocidas. Cuando viajaba en avión, siempre elegía asiento de ventanilla para, cuando el avión despegaba o aterrizaba, poder mirar abajo hacia las diminutas casas e imaginar las vidas de las personas que las habitaban. En ese momento, inventó el diálogo que no podía comprender.

—Hoy me he perdido un examen importante debido a tu ridícula cita. Como no apruebe álgebra, recuerda que fue por tu culpa..., porque te daba miedo viajar en autobús hasta aquí tú sola.

—¿Y de quién fue la culpa de que te quedaras dormida seis veces este mes y no fueras a las clases de la mañana, señorita? ¡Y tus pobres padres trabajando como esclavos pensando que tú hacías otro tanto! A lo mejor debería contarles lo que ocurre realmente en casa mientras ellos se matan para poder mantenerte...

Cerca de ellos se sentaba una pareja de blancos, por lo menos unos diez años mayores que los padres de Uma, su ropa dejaba entrever que eran acaudalados: él con una chaqueta oscura de lana y zapatos que parecían italianos, ella con un suéter de cachemira y falda azul marino plisada que le llegaba a las pantorrillas. Él hojeaba el *Wall Street Journal*; ella, la más frágil de los dos, estaba tejiendo algo

marrón e imposible de identificar. En dos ocasiones él salió... a fumar un cigarrillo, supuso Uma. A veces, mirando de reojo, veía que observaba a su esposa. Uma no podía descifrar la expresión de su rostro. ¿Era preocupación? ¿Fastidio? Una vez pensó que era miedo. O tal vez fuera esperanza, la otra cara del miedo. La única vez que los oyó hablar entre ellos fue cuando él le preguntó si quería que le trajera algo de la tienda de comestibles del otro lado de la calle.

—No tengo hambre —respondió en un tono de «déjame tranquila».

—Tienes que comer algo. Fortalecerte. Tenemos un largo viaje por delante.

Ella tejió otra vuelta antes de responder.

—Entonces elige cualquier cosa que te parezca a ti.
—Cuando él se fue, ella dejó la labor y se miró las manos.

Sentado a la izquierda de Uma, había un joven de unos veinticinco años, un indio, a juzgar por su aspecto, pero de tez clara como si viniera de una de las tribus de la montaña. Llevaba gafas oscuras, el ceño fruncido y una barba de las que, en los últimos años, hacían que la seguridad aeroportuaria separara de la fila a cualquiera que la llevara para registrarlo. A su otro lado había un afronorteamericano flaco y alto, tal vez de unos cincuenta años, aunque Uma no podía precisarlo. La cabeza afeitada y los huesos afilados y ascéticos de su rostro le daban un aspecto de monje sin edad, aunque ese efecto se veía un tanto oscurecido por los brillantes aretes de sus orejas. Cuando un par de horas antes el estómago de Uma emitió un gru-

ñido embarazosamente fuerte (confiada en la cita de las nueve de la mañana, no se había llevado nada más sustancioso que una rosquilla de pan y una manzana), el hombre metió la mano en su mochila y, solemnemente, le ofreció una barrita de avena Quaker. No era raro en esa ciudad encontrar a personas de diferentes razas reunidas por el azar. Aún así, Uma pensó que aquello era como una minicumbre de la ONU. ¿Qué era lo que todas esas personas pensaban hacer en la India?

Uma, por su parte, iba a la India por culpa de la locura de sus padres: habían venido a Estados Unidos hacía unos veinte años como jóvenes profesionales, cuando Uma era una niña. Estaban encantados con sus trabajos, y se entregaban con entusiasmo a sus jornadas laborales. Celebraban los fines de semana con similar entusiasmo, reuniéndose (entre partidos de fútbol, encuentros de Niñas Exploradoras y clases de danza clásica Bharatanatyam para Uma) con otras familias indias de las zonas residenciales. Instrumentaban elaboradas y esquizofrénicas comidas (pescado con mostaza y cuajada agria frita para los padres; espaguetis con albóndigas y tarta de melocotón para los niños) y se quejaban de la corrupción de los políticos indios. En los últimos años habían hablado de mudarse a San Diego para pasar sus años dorados junto al océano («Con tan buen clima, perfecto para nuestros viejos huesos»). Luego, en un cambio radical y confuso de opinión que Uma consideró sumamente imprudente, su madre se decidió por una

jubilación anticipada y su padre dejó su puesto como administrador superior de una compañía de ordenadores para aceptar un trabajo de consultor en la India. Juntos, sin la menor tristeza, alquilaron su casa (¡la casa donde Uma había nacido!) para regresar a su pueblo natal, Kolkata.

—Pero durante todos estos años te has quejado de lo horrible que era Kolkata —gritó Uma, aterrada cuando llamaron para informarla sobre su decisión. Aparte de su preocupación por el bienestar de sus padres, se sentía molesta por no haber sido consultada—. El calor, el polvo, el ruido, los autobuses abarrotados, los mendigos, los sobornos, la diarrea, el servilismo, las calles llenas de basura que no se recogía nunca. ¿Cómo os las vais a arreglar con todo eso?

A lo que su madre había respondido con exasperante buen humor:

—Pero, cariño, todo eso ha cambiado. La de ahora es una India diferente. ¡Es la India Brillante!¹

Y tal vez así era. ¿Acaso sus padres no se habían incorporado sin esfuerzo a su nueva vida?; ¿no habían alquilado un ático con terraza y aire acondicionado y contratado a un séquito de criados para que se ocuparan de cualquier tipo de tarea doméstica? («No he lavado un solo plato desde que me mudé aquí», repetía su madre con entusiasmo por teléfono). Un automóvil con chófer llevaba a su padre a la oficina todas las mañanas. («Trabajo solamente de diez a cuatro», añadía orgulloso desde el otro

1. «India Shining» o, en español, «India Brillante» es un eslogan político que hace referencia a la sensación generalizada de optimismo que había en la India en 2003 debido al *boom* económico del país, popularizado por el partido del gobierno en las elecciones de 2004.

teléfono). Y volvía para llevar de compras a su madre, o para visitar a amigos de la infancia, o para ir al pedicuro, o (antes de que Uma pudiera regañarla por ser tan frívola) para ir como voluntaria a un organismo que proporcionaba educación a niños de los barrios más pobres. Por la noche, sus padres iban juntos a los conciertos de Rabindra Sangeet, o veían películas en enormes pantallas en cines que parecían palacios, o caminaban agarrados de la mano (estas cosas se aceptaban en la India Brillante) junto al mismo lago donde se veían en secreto siendo estudiantes de la universidad, o iban al club a tomar algo y jugar al bridge. Recibían invitaciones para salir todos los fines de semana y, a veces, por las noches entre semana también. Las vacaciones de verano las pasaban en Kulu Manali y las de invierno, en Goa.

Uma se alegraba por sus padres, aunque en secreto desaprobaba su nuevo estilo de vida hedonista. (Pero ¿cómo podía oponerse cuando era mucho mejor que lo que ella a menudo veía a su alrededor: parejas que perdían el interés el uno por el otro, viviendo juntos en dura indiferencia o incluso separándose?). ¿Era tal vez porque, en parte, se sentía excluida? ¿O era que, en comparación, su vida en la universidad, de la que había estado tan orgullosa con sus festivales de cine llenos de angustia existencial, sus cafés donde se desarrollaban acaloradas discusiones intelectuales que se alargaban hasta muy entrada la noche, sus bibliotecas enormes como cavernas donde en cualquier momento uno podía encontrarse con un laureado premio Nobel, de pronto parecía un tanto deslucida? No dijo na-

da confiando, con una mezcla de inquietud y esperanza, en que esa luna de miel con la India terminara, en que la desilusión y la hartura acabaran por imponerse. Pasó un año. Su madre continuaba tan alegre como siempre, aunque sin duda debía de haberse encontrado con algunos problemas. ¿A quién no le ocurre? (¿Por qué entonces se lo ocultaba a Uma?). De vez en cuando le insistía para que fuera a visitarlos. «Iremos a Agra y veremos el Taj Mahal juntos..., estamos esperándote a ti para hacerlo», le decía. O: «Conozco el mejor *spa* ayurvédico. Dan unos masajes con aceite de sésamo que ni te imaginas». En una conversación reciente le había dicho dos veces: «Te echamos de menos. ¿Por qué no vienes a visitarnos? Te enviaremos el pasaje».

Había algo de tristeza en su voz que resonó en Uma justo debajo del esternón. Ella también echaba de menos a sus padres. Aunque siempre había criticado las diversiones turísticas, de pronto sintió un deseo repentino de ver el Taj Mahal.

— Iré en las vacaciones de invierno — prometió en un arrebató.

— ¿Cuánto duran?

— Seis semanas.

— ¡Seis semanas! ¡Perfecto! — exclamó su madre con su alegría optimista recuperada—. Tendremos tiempo de sobra. No olvides que necesitarás un visado nuevo; hace siglos que no vienes a la India. No les envíes tu pasaporte por correo, eso lo retrasaría muchísimo. Ve a la oficina tú misma. Tendrás que esperar un poco, pero lo conseguirás el mismo día.

Nada más colgar, Uma se dio cuenta de que no le había preguntado a su madre: «¿Tiempo de sobra para qué?». También se dio cuenta de que su novio, Ramón, a quien sus padres habían tratado con amabilidad una vez que superaron la conmoción de enterarse de que él y Uma estaban viviendo juntos (su padre incluso le había puesto un apodo indio, Ramu), no había sido incluido en la invitación.

Podría haberlo dejado pasar —los pasajes a la India, eran, después de todo, bastante caros—, pero estaba esa otra conversación, en la que Uma había dicho:

—Qué bien que no hayáis vendido la casa. De esa manera, si las cosas no resultan, tendréis un lugar al que volver.

—Ah, no, cariño —había respondido su madre—. Nos encanta la India..., sabíamos que así sería. La casa es para ti, en el caso de que...

Entonces su madre se detuvo hábilmente en mitad de lo que estaba diciendo y cambió de tema, dejando a Uma con la sensación de que había estado a punto de revelarle algo que sabía que Uma no estaba preparada para oír.

Minutos antes del segundo estruendo, a Uma se le antojó ver el sol. ¿Se habría levantado ya la leve niebla que envolvía la parte alta de los edificios del centro de la ciudad cuando llegó aquella mañana? Si era así, el cielo estaría brillante como las flores del agapanto; si no, brillaría con luz tenue como escamas de pescado. De repente, quiso saber cuál de esas opciones era la real. Más adelante se pre-

guntaría por esa urgencia que la había hecho saltar de la silla y ponerse de pie. ¿Era un instinto como el que hacía que los animales del zoológico aullaran y chillaran durante horas antes de que ocurriera un desastre natural? Se colgó el bolso del hombro y caminó hacia la puerta. Unos segundos más y la habría abierto de un empujón para correr por el pasillo y subir las escaleras de dos en dos hasta la planta baja, corriendo para satisfacer ese deseo que crecía en su interior. Habría estado fuera, levantando la cara hacia la llovizna gris que estaba empezando a caer, y esta habría sido una historia diferente.

Pero, en el momento en que se daba la vuelta para irse, la puerta de la oficina del señor Mangalam se abrió. Un hombre salió rápidamente agarrando su pasaporte con aire victorioso y rozó a Uma al pasar. La mujer con el sari azul cogió el montón de solicitudes y desapareció en la oficina del señor Mangalam por la puerta lateral. Lo hacía cada hora más o menos. «¿Para qué?», pensó Uma, frunciendo el ceño. Lo único que la mujer tenía que hacer era llamar al siguiente nombre que aparecía en el montón. Uma tenía pocas esperanzas de que ese nombre fuera el suyo, pero se detuvo por si acaso.

Era un buen momento para telefonar a Ramón. Con suerte le pillaría mientras cruzaba la plaza Student Union al salir de la clase que daba a su laboratorio, abriéndose paso entre tamborileros, vendedores de baratijas y oradores del día del juicio final. Una vez en el laboratorio, él apagaba el teléfono, pues no quería que le distrajeran. A Ramón le apasionaba su trabajo. A veces, por la noche,

cuando iba al laboratorio para supervisar un experimento, ella lo acompañaba solo para poder ver la quietud que se apoderaba de su cuerpo mientras evaluaba, medía y tomaba notas. A veces hasta se olvidaba de que ella estaba allí. Era entonces cuando más lo amaba. Si le cogía el teléfono en ese momento, se lo diría.

Pero el teléfono no iba a cooperar. FUERA DE SERVICIO, decía el pequeño cuadrado iluminado.

El hombre con los aros en las orejas la miró y le brindó una mueca comprensiva.

—A mi teléfono le pasa lo mismo —explicó—. Ese es el problema con estos edificios del centro de la ciudad. Tal vez si se mueve por la sala encuentre algún sitio donde funcione.

Con el teléfono en la oreja, Uma dio unos pasos adelante. Le sentó bien estirar las piernas. Vio a la mujer que salía de la oficina del señor Mangalam arreglándose los pliegues del sari y con cara de haber mordido algo agrio. De manera poco caritativa, Uma esperaba que el señor Mangalam la hubiera reprendido por hacer esperar a tanta gente durante tantas horas sin necesidad. El teléfono hizo un pequeño ruido en su oreja, pero antes de que pudiera verificar si estaba funcionando, el estruendo se extendió por el suelo. Esta vez no había equívoco posible en cuanto a sus intenciones. Era como si un gigante hubiera puesto la boca en los cimientos del edificio y rugiera. El suelo se combó haciendo caer a Uma. El gigante tomó el edificio con sus dos manos y lo agitó. Una silla voló por la habitación en dirección a Uma. Levantó el brazo izquierdo

para protegerse. La silla se estrelló contra su muñeca y un dolor más grande de lo que jamás había sentido le subió por el brazo. La gente gritaba. Veía los pies de la gente que pasaba corriendo a su lado, y vuelta otra vez. Intentó meterse debajo de una de las sillas, como le habían enseñado hacía mucho en la escuela primaria, pero solo cabían su cabeza y sus hombros. Aún tenía el teléfono móvil en la otra mano, apretado contra la oreja. ¿Era esa la voz de Ramón que le pedía que dejara un mensaje o era solo su necesidad de oírlo?

Encima de ella, el techo se derrumbó en una explosión de yeso. Las vigas se quebraron con un ruido de huesos gigantes que se rompen. Un artefacto de iluminación se hizo añicos. Por un momento, antes de que la electricidad se interrumpiera, vio los filamentos brillantes de la bombilla desnuda. Cayeron escombros en medio de aquella negrura que le enterraron las piernas. Le ardía el brazo. Se lo llevó al pecho. (Un gesto inútil, ya que probablemente iba a morir en los siguientes minutos). ¿Era aquello ruido de agua corriendo? ¿Estaba inundándose el sótano en el que se encontraban? Creyó oír una señal sonora en el teléfono, la máquina estaba lista para grabar su voz.

— Ramón — gritó, con la boca llena de polvo.

Pensó en sus largos y meticulosos dedos, que podían arreglar cualquier cosa que ella rompiera. Pensó en los pequeños lunares rojos que tenía en el pecho, justo por encima de la tetilla izquierda. Quería decir algo importante y consolador, algo por lo que la recordara, pero no podía pensar en nada; entonces el teléfono se apagó.

La oscuridad estaba llena de voces de mujeres que se lamentaban en una lengua que él no conocía, de modo que en un primer momento pensó que estaba otra vez en la guerra. Ese pensamiento le cortó la respiración y le dejó con la sensación de que se asfixiaba. Tenía polvo en la lengua y fragmentos de mampostería debajo de las yemas de sus dedos. Notó olor a algo que se quemaba. Se pasó las manos por la cara, por los huesos irregulares de la cabeza, por la barba incipiente que ya se notaba, por la cicatriz en la ceja que no le decía nada. Pero cuando se tocó las pequeñas y afiladas piedras en las orejas, recordó quién era.

«Soy Cameron», se dijo a sí mismo. Con esas palabras, apareció el mundo tal como era a su alrededor en aquel momento: montones de escombros, formas que po-

dían ser muebles rotos. Algunas de las formas gemían. Las voces —no, solo había una voz— adquirieron un ritmo inexorable, en el que se repetía una y otra vez el mismo nombre. Después de un rato pudo pensar por encima de esa cantilena. Rebuscó en los bolsillos de sus pantalones. En el de la derecha estaba su inhalador. Lo sacó y lo agitó cuidadosamente. Quedaban quizá cinco dosis. Vio mentalmente el ordenado botiquín de su baño, con el nuevo inhalador esperando en el segundo estante. Apartó de sí el pesar y la cólera, que para él siempre se mezclaban, y se concentró en lo positivo, tal como habría hecho el santón, si hubiera quedado aprisionado ahí. Si Cameron tenía cuidado, cinco dosis podían alcanzarle para varios días. Les sacarían de allí mucho antes.

Tenía las llaves en el bolsillo izquierdo. Había una minilinterna enganchada en la cadena. Se puso de pie y recorrió la habitación con el rayo de luz delgado como un lápiz. Una parte diferente de su cerebro comenzó a funcionar otra vez, la parte que analizaba las situaciones y decidía lo que había que hacer. Le dio la bienvenida.

Una parte del techo se había desplomado. Había que mantener a la gente lo más lejos posible de esa área en previsión de que se siguiera cayendo. Algunas personas permanecían abrazadas debajo de los muebles a lo largo de una pared. Podían seguir allí por el momento. Buscó llamas. Nada. Su mente debió de revivir el olor a quemado de algún recuerdo de su pasado. Olfateó en busca del olor acre que podía indicar la rotura de una cañería de gas y se quedó tranquilo al ver que no había ninguna cerca. Podía

oír que en algún lugar caía agua a un ritmo irregular, empezaba y se detenía para volver a empezar otra vez, pero el suelo estaba seco. Había dos figuras humanas en la puerta que daba al pasillo tratando de abrirla.

Saltó hacia delante gritando, lo que hizo que la voz llorosa se callara.

— ¡Eh! — gritó, aunque sabía que cualquier ruido era peligroso—. ¡Deténganse! ¡No la abran! ¡Eso es peligroso! — Corrió lo más rápido que pudo por entre los escombros y los agarró por los hombros. El más viejo se dejó apartar, pero el más joven lo rechazó con una maldición y volvió a forzar la cerradura otra vez.

Un ramalazo de rabia le atravesó el pecho, pero Cameron trató de mantener la voz calmada.

— La puerta podría ser lo que está sosteniendo esta parte de la habitación, si la abre súbitamente, alguna otra cosa podría desplomarse. También podría haber un montón de escombros amontonados contra el otro lado de la puerta. Si eso se mueve, quién sabe lo que podría ocurrir. Intentaremos abrirla..., pero tenemos que buscar la forma de hacerlo bien.

Algo brilló en el pómulo del joven. Con aquella luz insuficiente, Cameron no podía precisar si se trataba de sangre o de lágrimas. Pero no le cabía duda al respecto de la furia de sus hombros y brazos y del ángulo inclinado de la cabeza. Se acercó a Cameron, propulsado por el miedo reprimido. Cameron ya había visto a hombres como él. Podían hacerle mucho daño a uno. Se hizo a un lado y le dio a aquel hombre con el borde de la mano en la base del

cráneo, pero con cuidado. Un golpe como ese podía romper las vértebras del cuello. Los hombres a los que se había enfrentado en otras ocasiones habrían sabido esquivar el golpe, bloquearlo con el codo alzado, pero ese muchacho — así era como Cameron de pronto lo veía, como un muchacho más joven de lo que sería su hijo, si hubiera vivido — recibió toda la fuerza del golpe, cayó al suelo y allí se quedó. En las sombras, alguien gimió, luego se detuvo abruptamente como si le hubieran puesto la palma de la mano en la boca. Cameron se masajeó la suya. No estaba en forma. Se había dejado llevar intencionadamente, con la esperanza de no tener que volver a hacer cosas como la que acababa de hacer.

— Lamento haber tenido que golpearlo — gritó en la semioscuridad—. No quiso escuchar. — Reprimió el impulso de añadir: «No soy un hombre violento». Una declaración como esa solo serviría para asustarlos más. Alzó las manos para mostrar que no tenía nada aparte de la minúscula linterna—. Por favor, no tengan miedo de mí — dijo en cambio.

Quería contarles lo que había visto en México, adonde había ido para ayudar después de un terremoto en uno de sus intentos de expiación. Las personas que fueron demasiado impacientes y trataron de salir de entre los escombros con frecuencia morían al caerles encima más escombros, mientras que las personas que se habían quedado quietas, a veces sin comida ni agua durante una semana o más, fueron por fin rescatadas milagrosamente. Pero resultaba muy difícil de explicar, y el recuerdo de to-

dos los cuerpos destrozados que no había podido salvar era demasiado doloroso. Simplemente dijo: «Si hubiera abierto esa puerta de un tirón como quería hacer, podría habernos matado a todos».

Un silencio poco convencido, implacable, lo envolvió. Finalmente, desde debajo de una silla, una voz de mujer preguntó:

—¿Así que usted lo ha matado a él?

Cameron soltó el aire que había estado conteniendo sin darse cuenta y respondió:

—¡De ninguna manera! Ya se está moviendo, véalo usted misma. Puede salir de debajo de su silla. Parece bastante seguro.

—No puedo moverme demasiado —explicó la mujer—. Creo que me he roto el brazo. ¿Puede ayudarme?

Notó que se le aflojaban los omóplatos ante esas últimas palabras y se le alzaban las comisuras de la boca. ¿Quién habría pensado que encontraría algo por lo que sonreír en un momento semejante?, y echó a andar.

—Desde luego, lo intentaré —afirmó.

Malathi se agarró al borde del mostrador de atención al público con la mano izquierda, evitando con sumo cuidado los cristales rotos que lo cubrían, y se levantó subrepticamente del suelo, solo lo suficiente como para ver qué estaba haciendo el negro. Tenía que sujetarse el sari, que se le había caído del hombro, pero tenía la mano derecha apretada contra la boca, presionándose los labios contra

los dientes, y no se atrevía a aflojarla. Porque entonces no podría contener el grito que era también una súplica —*Krishna, Krishna, Krishna*—, pero sobre todo era una plegaria pidiendo perdón, porque ella podría haber sido la razón de que hubiera ocurrido el terremoto. Y si el negro la oía, bien podría decidir dar media vuelta y caminar hacia ella. ¿Y quién sabía lo que él haría entonces?

Cuando sus parientes de la India —tías, abuelas, primas solteras— se enteraron que se iba a Norteamérica, se habían estremecido —de horror o de envidia, Malathi nunca lo supo— y le advirtieron de que se mantuviera alejada de los negros, que eran peligrosos. (Y tenían razón, ¿no?, porque hay que ver cómo se acercó corriendo a la puerta y atacó a ese pobre muchacho indio, que de tamaño era la mitad que él. Por un momento Malathi olvidó que sus fanáticas tías, ecuménicas en su desconfianza de la especie de los varones, le habían advertido también contra los hombres blancos, que eran lujuriosos, y contra los indios norteamericanos, que eran astutos).

Sin embargo, a nadie se le había ocurrido advertirle de los terremotos. En su pueblo natal, cuando la gente decía «América», se le venían muchas imágenes a la cabeza, pero un terremoto no era una de ellas.

Malathi había seguido el consejo de las tías, en parte porque no abundaban las oportunidades para hacer otra cosa, y en parte porque ella tenía otros planes. Compartía un diminuto apartamento con otras tres mujeres que el consulado había contratado y traído de la India más o menos por la misma época. Pasaban todo su tiempo libre jun-

tas, iban juntas en el autobús al trabajo y se separaban en el ascensor (las otras trabajaban arriba, en Turismo), iban juntas a la Casa de las Especias de los hermanos Patel a comprar polvo de *sambar* y encurtidos de *avakaya*, juntas veían películas de Bollywood en un reproductor de DVD de segunda mano, se aceitaban el pelo una a otra por la noche mientras hablaban de esperanzas y planes. Las otras mujeres querían casarse. De sus sueldos, que parecían generosos traducidos a rupias pero escasos cuando había que pagar todo en dólares, separaban una parte todos los meses para la dote, porque si bien las dotes habían sido prohibidas oficialmente en la India, todos sabían que, sin ella, ninguna mujer tenía la menor oportunidad de conseguir un hombre medianamente decente siquiera.

Pero Malathi, que había observado cómo los maridos de sus dos hermanas las mangoneaban, no tenía la menor intención de seguir sus insensatos pasos. Ella había puesto su corazón en algo diferente. Cuando hubiera ahorrado suficiente dinero, regresaría —pero no a Coimbatore, su pueblo natal— para abrir un salón de belleza. Por la noche abrazaba su almohada llena de bultos, cerraba los ojos y se transportaba allí: las campanas de bronce sobre las puertas dobles (con cortinas para mantener la privacidad) que tintineaban cuando entraban las clientas, el salón deliciosamente equipado con aire acondicionado y las paredes tapizadas con brillantes espejos, las empleadas con delantales que la recibían con educados saludos y las manos juntas, los amplios sillones giratorios donde las mujeres se sentarían para que les depilaran las cejas o les hicieran com-

plicados peinados para alguna boda, o para abandonarse mientras les masajaban la cara con una relajante pasta de yogur y sándalo.

Entonces llegó el señor Mangalam a la oficina de visados y le desbarató todos sus planes.

Las compañeras de apartamento de Malathi coincidían en que el señor Mangalam era el hombre mejor parecido del consulado. Con su bigote de bravucón, gafas de sol de diseño exclusivo y una sonrisa asombrosamente seductora, parecía mucho más joven de lo que era (dato que Malathi había descubierto revisando subrepticamente el archivo: cuarenta y cinco años). Era el único hombre de mediana edad que ella conocía sin barriga ni pelos en las orejas. Pero, ay, aquellos dones que la naturaleza había prodigado al señor Mangalam no eran para ella, porque ya existía una señora Mangalam, que sonreía elegantemente desde la foto enmarcada que él tenía en su escritorio. (Los marcos para las fotos se los había proporcionado el consulado a todos sus funcionarios, con órdenes estrictas de que se usaran y se exhibieran. Eso haría que los estadounidenses que llegaran a la oficina se sintieran más cómodos, les dijeron, ya que los estadounidenses creían que la presencia de una familia sonriente en el escritorio de un hombre era una prueba de su estabilidad moral).

Malathi, una mujer joven y práctica, decidió eliminar al señor Mangalam de la lista de candidatos. Esto, sin embargo, resultó ser más difícil de lo que esperaba, porque parecía que a él había comenzado a gustarle ella. Malathi, que no se hacía ilusiones respecto de su propio aspecto

(piel oscura, mejillas redondas, nariz respingada), estaba perpleja ante tal circunstancia. Pero así era. Él le sonreía cuando pasaba por la ventanilla de atención al público por la mañana. Los días en que le tocaba preparar el té para la oficina, él elogiaba el sabor y pedía una taza adicional. Y cuando, para celebrar el año nuevo tamil, trajo una caja de *maisoorpak*, fue a ella a quien le ofreció el primer bombón en forma de diamante. En algunas ocasiones, cuando ella entraba a su oficina para consultarle sobre algún papel de algún solicitante, él le pedía que se sentara, con la misma delicadeza y modales que si fuera una visita. A veces le preguntaba cómo pensaba pasar el fin de semana. Cuando ella le decía que no tenía planes, se mostraba triste, como si le hubiera gustado invitarla a ir a algún lugar con él. Al cine Naz 8, quizá, donde estaban proyectando el más reciente éxito de Shahrukh Khan, o al Madras Mahal, que hacía los *dosa* más crujientes, pero que era demasiado caro como para que ella pudiera permitírselo.

¿Podía alguien, entonces, culparla por ir a la oficina con una frecuencia un poco mayor de la necesaria; por aceptar, de vez en cuando, una cucharada de las nueces de betel plateadas que él guardaba en el cajón superior de su escritorio; por escuchar cuando él le decía lo solo que estaba, tan lejos del hogar, igual que ella; por permitir que los dedos de él se cerraran sobre los de ella cuando le entregaba un formulario? En los momentos de ocio tenía la costumbre de hacer garabatos en pedazos de papel. Un día se sorprendió a sí misma al escribir, entre enredaderas y adornos florales, «Malathi Mangalam». Eran cosas de co-

legiala. Peligroso. Sintomático de un movimiento tectónico interior que la desconcertó. Rompió el papel en mil pedacitos y los tiró. De todas maneras, no podía evitar pensar que las sílabas tenían un sonido agradable y, a veces, por la noche, en lugar de visualizar su amado salón de belleza, las susurraba sobre la almohada.

Ese día, el señor Mangalam la había tomado entre sus brazos y la había besado.

Malathi tenía que admitir que el hecho, aunque la sorprendió, no fue del todo inesperado. ¿Acaso él, precisamente el día anterior, no le había puesto en la palma de la mano una cajita de cartón dorado? La abrió y descubrió cuatro chocolates blancos con forma de concha marina, cada uno en su sitio.

—Pruebe uno —la instó él. Cuando ella agitó la cabeza tímidamente, él sacó uno, lo puso sobre los labios de ella y lo empujó para metérselo en la boca. La corteza era crujiente, pero el interior era la cosa más suave y más dulce que jamás había probado. La culpa y la alegría le llenaron la garganta al tragarlo.

Ese mismo júbilo culpable había hecho que le hormigueara el cuero cabelludo cuando él apretó los labios contra su boca. Si la hubiera manoseado o la hubiera agarrado, ella lo habría apartado de un empujón; pero fue amable, murmuró respetuosamente cuando sus labios le acariciaron la oreja. (¡Ah, de qué manera deliciosa su bigote le hizo cosquillas en la mejilla!). Aunque a Malathi nunca la habían besado antes, gracias a las películas románticas con las que había crecido supo qué hacer. Bajó sus

tímidos ojos y se apoyó en su pecho, dejando que sus propios labios se deslizaran sobre la mejilla de él, aun cuando un preocupante pensamiento la agujoneaba: al coquetear con un hombre casado, acumulaba karma negativo. Cuando respiró hondo con un ligero estremecimiento, un poder extraño la envolvió. Pero en ese momento su mirada se posó en la foto de la señora Mangalam, que reposaba junto a una pequeña estatua de sándalo de Ganesha¹. Por primera vez advirtió que la señora Mangalam tenía el pelo largo hasta los hombros, muy bien peinado, obviamente en un salón de belleza de máximo lujo. Exhibía en su mano derecha (colocada artísticamente debajo de la barbilla) tres hermosos anillos de diamantes. ¿Se los había regalado el hombre que en aquel momento tenía la cara hundida en su cuello? La señora Mangalam sonreía confiada a Malathi, con confianza y con una cierta compasión. La sonrisa indicaba dos cosas: la primera, que ella era la clase de mujer en la que Malathi nunca podría llegar a convertirse; la segunda, que, independientemente de las locuras que su marido se estuviera permitiendo en ese momento, al final volvería con ella.

Aquella sonrisa había hecho que Malathi se apartara de los brazos del señor Mangalam. Cuando él se inclinó sobre su mano para besarla en la parte interior de la muñeca, ella la había retirado rápidamente. Hizo caso omiso de sus preguntas respecto a qué ocurría, se arregló el sari y cambió su expresión para salir rápidamente de la oficina.

1. Ganesha: deidad del panteón hindú.

Antes de haber dado diez pasos, la rueda del karma empezó a rodar, y el castigo apareció en forma de un terremoto.

A la escasa luz de la pequeña linterna, Malathi vio al negro que sujetaba a una persona por el codo y la conducía al centro de la habitación. Era la muchacha india, aunque ¿se la podía considerar de verdad india, criada como evidentemente lo había sido en el decadente estilo occidental? Desde el principio a Malathi no le cayó bien a causa de sus vaqueros ajustados a las caderas, al grueso libro de universitaria que llevaba como si quisiera hacer notar su inteligencia y a su impaciencia estadounidense. Pero en ese momento, cuando el hombre la agarró del brazo y la joven gritó de dolor, Malathi no pudo evitar lanzar ella misma un grito como respuesta. Lo lamentó de inmediato, ya que el hombre soltó a la joven y empezó a caminar hacia ella. Se agachó debajo del mostrador, aunque sin demasiadas esperanzas. El cristal que normalmente la separaba de la gente que se acercaba a la oficina de visados se había hecho añicos con el terremoto. A él le iba a resultar fácil inclinarse y agarrarla.

El hombre se inclinó sobre el mostrador, pero no trató de agarrarla. Estaba diciéndole algo, pero el pánico había hecho que ella se olvidara de su inglés. Él repitió las palabras más lentamente. Las sílabas rebotaron dentro de su cabeza, ininteligibles. Ella cerró los ojos y trató de imaginar el salón de belleza con ella a salvo en la tranquilidad de su interior.

Pero el suelo se levantó, los espejos se quebraron y cayeron de las paredes, y el suelo se llenó de astillas de espejos rotos como los que había debajo de sus manos.

Detrás de ella oyó la puerta del señor Mangalam que se abría. Los cristales crujían a causa de sus pisadas inseguras mientras caminaba hacia ella y el negro. Aunque no fue premeditado, se lanzó sobre él y, golpeándole el pecho, le gritó en tamil:

— ¡Es culpa nuestra! ¡Es culpa nuestra! ¡Nosotros hemos hecho que sucediera esto!

Cuando se produjo el terremoto, el señor Mangalam se había agachado para meterse debajo de su escritorio. Luego, el escritorio se deslizó hasta el otro lado de la habitación, dejándolo atrapado contra una pared. Había empujado y pateado durante varios minutos antes de poder liberarse. Cuando se puso de pie, desconcertado por la manera en que le temblaban las manos, sus ojos se dirigieron a su posesión más preciada. No, no era la foto, que había caído sobre la alfombra, donde yacía con su sonrisa astuta de triunfo, sino el Ganesha de sándalo que su madre le había dado («para que quite todos los obstáculos de tu camino») cuando se fue de casa para ir a la universidad. El escritorio, en su viaje al otro lado de la habitación, había movido a la deidad y la había aplastado contra la pared. Había sentido un terrible vacío, como si alguien le hubiera sacado las entrañas. A él también lo habían criado para creer en el karma. Acusaciones similares a las que Malathi repetía en ese momento entre sollozos, apoyada en la pechera de su camisa, habían revoloteado como una nube

tóxica en su cerebro. Por más que trató de rechazarlas como una superstición, sus agujones volvían una y otra vez, haciéndole flaquear.

El señor Mangalam no tenía experiencia previa en terremotos, pero sí había tenido que tratar con mujeres histéricas antes. Tomó por los hombros a Malathi y la sacudió hasta que se quedó en silencio.

—No seas estúpida —le dijo en tamil, usando el gélido tono que le había sido tan útil en situaciones anteriores—. Ha sido un terremoto. Los terremotos no tienen nada que ver con las personas. —Y agregó en inglés—: Serénate y escucha lo que este caballero te está preguntando.

A Cameron no le gustó la forma en que el funcionario había sacudido a la mujer y hubiera querido decir algo al respecto, pero había asuntos más urgentes.

—¿Tienen un equipo de primeros auxilios? —preguntó otra vez, articulando las palabras lo más claramente que pudo—. ¿Una linterna? ¿Y una radio con pilas? ¿Paracetamol? ¿Funciona el teléfono?

—Comprobé el teléfono en mi oficina —intervino el señor Mangalam—. No hay línea. —Le repitió los otros artículos a Malathi, sustituyendo los términos que ella conocía mejor —lámpara de mano, Anacin, caja de medicamentos— hasta que ella asintió con la cabeza con aire vacilante y se dirigió a algún oscuro rincón de la oficina.

Aturdida como parecía estar, Cameron no esperaba demasiado de ella, pero en unos pocos minutos vio un círculo de luz que se movía hacia él. Puso la linterna sobre el mostrador, junto con una bolsa de plástico de Walmart

que contenía dos pilas y una caja de metal blanca, con una cruz grande y roja pintada en la tapa. Dentro encontró hisopos de alcohol, tiritas, un frasco de aspirinas, algunos remedios para el resfriado, un tubo de unguento antiséptico y un envase de hilo dental. Era mejor que nada, pero tampoco gran cosa.

Él trató de ordenar en su cabeza las cosas que había que hacer. Tenía que revisar toda la sala para ver si había otras salidas posibles. Tenía que ver si alguien más estaba herido. Tenía que averiguar quién podría tener comida o agua consigo y luego convencerlo de que lo entregara. ¿Había instalaciones de baño? Si no era así, habría que buscar otras alternativas. Iba a tener que moverse por toda la habitación para ver si había algún lugar donde su teléfono móvil funcionara. Tendría que pedirles a los demás que hicieran lo mismo. Iba a tener que tratar de abrir la puerta, aunque eso podría hacer que quedaran enterrados vivos.

Empezaba a dolerle el pecho. Y el polvo no ayudaba en absoluto. Pronto se vería obligado a usar el inhalador.

«Es demasiado, Seva —pensó—. No puedo con todo».

A sus espaldas oyó un ruido de algo que se arrastraba. Se volvió apuntando con la linterna como si fuera una pistola. Malathi había encontrado una escoba y estaba bariendo algunos escombros. No le veía los ojos, pero al menos ya no parecía aterrada. Eso era bueno, porque en breve tendría que pedirle que hiciera algo por lo que ella lo odiaría.

Dejó que su mente se apartara de las exigencias del presente para seguir, con agradecimiento, el ritmo de la escoba, que sonaba un poco como algo que su abuela, quien había crecido como sirvienta en una casa del sur, le había descrito: una mujer bajando por una escalera vestida con un largo vestido de seda.